

periscopio

**LA HIJA
DE LA NOCHE**

LAURA GALLEGO

**LA HIJA
DE LA NOCHE**



© Laura Gallego, 2004

© Ed. Cast.: edebé, 2005
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte.

Diseño de cubiertas: César Farrés.

Ilustraciones: Jordi Vila

Agencia: CORBIS

Primera edición digital: mayo 2010

ISBN 978-84-236-9856-1

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

*El amor nos da fuerzas
para tareas imposibles.*

PAULO COELHO,
A orillas del río Piedra me senté y lloré

Índice

Capítulo uno	9
Capítulo dos	21
Capítulo tres	33
Capítulo cuatro	44
Capítulo cinco	56
Capítulo seis	66
Capítulo siete	78
Capítulo ocho	87
Capítulo nueve	100
Capítulo diez	113
Capítulo once	126
Capítulo doce	142
Capítulo trece	161
Capítulo catorce	179
Epílogo	193

Capítulo uno

La señora Bonnard se detuvo un momento para recuperar el aliento. Venía corriendo desde la plaza y su cuerpo rechoncho no estaba acostumbrado a semejante ritmo. Se disponía a reanudar su apresurada carrera cuando oyó una voz tras ella:

—¡Régine! ¡Régine!

La señora Bonnard, algo contrariada, esperó a que la señora Lavoine llegara a su altura.

—¿Dónde vas tan deprisa, Régine? ¿No vienes hoy al mercado?

—Cómo, Marie... ¿Aún no lo sabes? —la señora Bonnard fingió sorpresa—. ¿No has oído la noticia?

La señora Lavoine negó tímidamente. Sabía, como la que más, que la señora Bonnard siempre era la primera en enterarse de todos los chismes. Pero la pequeña y sumisa señora Lavoine era demasiado ingenua como para darse cuenta de que, además, su amiga disfrutaba dejando patente la ignorancia de sus vecinas en materia de novedades, y que le encantaba ser la fuente de información de todas las comadres

de Beaufort. Por eso aceptó su papel en el juego de la señora Bonnard, por eso y porque también ella quería saber qué era aquello tan importante que hacía correr y resoplar a su obesa compañera.

—No, ¿de qué se trata?

—No lo adivinarías...

La señora Bonnard miró a la señora Lavoine, saboreando el momento.

—Cuenta, cuenta...

—¿Te doy una pista?

—¡Oh, Régine, no seas mala! ¡Sabes que no se me dan bien los acertijos! Por favor, me muero de curiosidad...

La señora Bonnard pareció darse por satisfecha. Se llevaba bien con la señora Lavoine porque ésta no solía cuestionar su autoridad. En su lugar, la señorita Dubois, e incluso la señora Buquet, le habrían respondido con un desplante. Pero la señora Lavoine era la confidente perfecta: sabía escuchar sin interrumpir, y por lo general, creía todo lo que le contaban.

La señora Bonnard sonrió. Reanudó la marcha calle arriba, a un ritmo más calmado, y la señora Lavoine se apresuró a colocarse a su lado. La señora Bonnard apoyó la mano en el brazo de su compañera, en señal de confianza.

—Marie, no vas a creerlo —comenzó, en un tono altamente apropiado para compartir chismes; hizo una pausa muy teatral y la señora Lavoine la miró, expectante, pero finalmente lo soltó—: ¡Isabelle ha vuelto a Beaufort!

La noticia no causó el efecto que la señora Bonnard

había esperado. Su amiga se mantuvo con el semblante inexpresivo.

—¿Isabelle? —repitió.

—Marie, por Dios, no me digas que no recuerdas a Isabelle, la lavandera... ¡Si fue un escándalo! —la señora Bonnard pronunció esta última palabra con fruición, como quien saborea un delicioso manjar.

Comenzó a hacerse la luz en la mente de la señora Lavoine.

—Isabelle... ¿La huerfanita?

—Aquella desvergonzada que se fue del pueblo persiguiendo al señor Latour.

—¡Ah, ya recuerdo! Él la abandonó...

—¿Qué esperaba? —dijo la señora Bonnard desdenosamente—. ¡Un joven de tan buena familia no iba a comprometerse con una hija de nadie como ella!

—Era muy joven, pobre criatura. Se hizo ilusiones...

—Era lo bastante mayor como para saber lo que es la decencia —zanjó la señora Bonnard, dispuesta a arrancar de raíz cualquier sentimiento de conmiseración que la recién llegada pudiese inspirar en su compañera—. Y en lugar de reconocer humildemente su error y tratar de enmendarse... ¡La muy golfa se fue tras él, como una buscona cualquiera! ¿Habrías hecho tú algo así, Marie?

—Bueno..., no. Tienes razón, Régine —reconoció la señora Lavoine.

—Y ahora, ella ha vuelto. Jean-Michel la ha visto en la oficina de correos hace un momento...

—¿De veras? ¿Y cómo está?

—Oh, Jean-Michel no me ha dado más detalles. Ya sabes que los hombres nunca se fijan en las cosas importantes. Pero imagino que vendrá vestida como una andrajosa, igual que cuando se marchó, y andará por ahí suplicando asilo —dijo la señora Bonnard.

—Isabelle... Quién lo diría. Han pasado...

—...Cinco años, amiga mía. Ella tendría dieciséis o diecisiete cuando se fue. No sé dónde va a encontrar trabajo, la verdad. Después de lo que hizo, y del disgusto que le dio al pobre padre Rougier, y del asunto de la medalla de Nicole...

—Pero dijeron que no había sido ella...

—¡Bah, bah, la gente habla mucho y no sabe lo que dice! Una bribona como Isabelle, que deja la casa de su protector para perseguir a un joven noble, es muy capaz de robar una medalla..., y dos también. Es lo que yo digo —prosiguió, recogiendo las faldas para subir afanosamente una cuesta—, nadie querrá emplearla después de todo. Yo no la admitiría como lavandera, ni mucho menos como criada. Esa golfa... ¿Y si intenta seducir a mi Jerôme?

—Pero si Jerôme es un chiquillo.

—También Isabelle era una chiquilla cuando engatusó al señor Latour. ¿Cómo se habrá atrevido a volver a Beaufort? No me imagino...

No llegó a terminar la frase, porque entonces, súbitamente, la puerta de una casa particular se abrió junto a las dos comadres, y de ella salió una figura menuda y delgada, vestida de negro. Las dos se volvieron a la vez y retrocedieron un poco, instintivamente.

Era una mujer joven, pero parecía un fantasma.

Su severo traje negro, complementado con un sombrero y un velo que le cubría la parte superior del rostro, le daba la apariencia de una mujer de mayor edad. O tal vez no fuera eso, sino la extrema palidez que se adivinaba en su semblante.

—¿I... Isabelle? —preguntó la señora Lavoine, vacilante.

Ella apenas sonrió.

—Señora Lavoine. Señora Bonnard. Me alegro de volver a verlas —dijo delicadamente.

Pero no había alegría en su voz. Tampoco ironía. Era, simplemente, una voz neutra, demasiado indiferente para la orgullosa señora Bonnard, que no estaba acostumbrada a que la ignorasen.

—Isabelle, querida. Qué maravilloso que te halles de nuevo entre nosotros. Ha pasado mucho tiempo, ¿cómo te ha ido? ¿Encontraste lo que habías ido a buscar? —dijo con tono empalagoso.

Isabelle palideció aún más, si es que ello era posible. Cuando respondió, sin embargo, lo hizo suavemente, sin alzar la voz:

—Eso es cosa del pasado, señora Bonnard, y yo he vuelto a Beaufort con la intención de iniciar una nueva vida.

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró a decir la señora Bonnard; echó un vistazo a la casa de donde acababa de salir Isabelle—. Y... ¿vas a trabajar para el señor Chancel, el notario?

Isabelle esbozó una media sonrisa indulgente que no gustó a la señora Bonnard. Aquella criatura parecía dulce y frágil, pero tras el velo negro se distinguía

claramente la llama de determinación y carácter que ardía en sus ojos.

—Los asuntos que me traen a casa del señor Chancel son más burocráticos, me temo. Acabo de adquirir una pequeña propiedad a las afueras del pueblo, y se requieren muchos documentos... Y ahora, si me disculpan..., ha sido un placer volver a verlas, pero tengo todavía mucho por hacer.

Se separó de las dos consternadas comadres con un elegante movimiento. Ninguna de las dos pudo decir nada. La señora Lavoine tenía los ojos abiertos como platos, y la señora Bonnard había olvidado cerrar la boca hacía rato. Isabelle se volvió un momento hacia ellas y comentó, como de forma casual:

—¡Ah, lo olvidaba! Señora Bonnard, dele recuerdos a Jerôme de mi parte, ¿lo hará?

Las dos mujeres se quedaron plantadas un buen rato junto a la casa del notario, incluso después de que la negra figura de Isabelle hubiese desaparecido tras una esquina. Sólo las sacó de su estupor el chasquido de una puerta al abrirse, la misma que momentos antes había dejado salir a la joven Isabelle.

—¡Régine, Marie! —susurró una voz apremiante—. ¿La habéis visto?

Ambas reaccionaron y se volvieron hacia la puerta, donde se asomaba una mujer de mediana edad, alta y huesuda, cuyos ojos brillaban desde detrás de unas lentes redondas, que le daban una cierta apariencia de búho. Se trataba de Elaine Chancel, la esposa del notario.

—Era Isabelle, ¿verdad? —pudo decir la señora

Lavoine—. La huerfanita, la lavandera. La hija de Christine y no-se-sabe-quién.

—La misma —confirmó la señora Chancel, con un enérgico asentimiento—. Sólo que no creo que vuelva a lavar un trapo en su vida.

—No —reconoció la señora Bonnard, algo confusa—. ¿Habéis visto qué traje llevaba? ¡Era soso, pero de terciopelo puro! ¡Debe de haberle costado una fortuna!

La señora Chancel negó con la cabeza.

—No para ella —dijo—. Puede permitirse eso y mucho más, y lo extraño es que no vaya vestida a la última moda de París.

Las dos comadres se volvieron hacia Elaine, interesadas.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque acaba de comprar, como si nada, la mansión Grisard.

Esta última revelación fue demasiado para la señora Bonnard. Abrió y cerró la boca varias veces y en sus mejillas aparecieron dos brillantes rosetones.

—¿Y para qué querrá ese viejo caserón? —se preguntó la señora Lavoine en voz alta.

—¡Pero si...! —pudo decir la señora Bonnard—. ¡Pero no es posible!

—Eso mismo pensé yo. Pero mi esposo dice que están todos los papeles en regla.

Hubo un breve y tenso silencio.

—¿Creéis que ella...? —empezó la señora Lavoine.

—¿...Logró cazar al fin al joven Latour? —completó la señora Bonnard.

—Por lo que sé, la señorita Isabelle sigue soltera —informó la señora Chancel—. No se sabe de dónde procede su cuantiosa fortuna. Tal vez una herencia...

—¡Pero ella no tenía a nadie! ¡Su madre murió al darle a luz!

La señora Chancel se encogió de hombros.

—No sabemos más, Régine.

—Pero, ¿por qué querría comprar la mansión Grisard? —insistió la señora Lavoine—. Es elegante, sí, y fue lujosa en su día, pero lleva décadas deshabitada. Y está tan lejos del pueblo, tan aislada...

—Siempre fue una moza rara —gruñó la señora Bonnard.

—En cualquier caso, Régine, ahora ya no es una «moza», sino «la señorita Isabelle». Dios sabe cómo habrá hecho fortuna... —dijo la señora Chancel.

—Ni Dios querrá saberlo, te lo garantizo. No era más que una mujerzuela, y siempre será una mujerzuela, por muy señorita que se considere y muchos trapos finos que gaste —rezongó su amiga.

—¿Por qué vestirá de luto? —se preguntó la señora Lavoine, más interesada en el misterio que envolvía el retorno de Isabelle que en unirse a las murmuraciones de su amiga.

De nuevo, la señora Chancel se encogió de hombros.

Mucho tiempo después de que la señorita Isabelle se hubiese retirado a su nuevo hogar en la mansión Grisard, las comadres seguían hablando de ella, preguntándose por qué la antigua lavandera había vuelto del pasado, como un oscuro pájaro de mal agüero, para alterar la tranquila y aburrida rutina de Beaufort.

Efectivamente, durante los siguientes días hubo novedades en el pueblo. Isabelle hizo rehabilitar la mansión Grisard, pero no contrató para ello operarios de la zona, sino que, por lo que se decía, los había traído de París. Cuando se instaló en su nueva casa, lo hizo sola, a excepción de un enorme criado que nunca hablaba. Sus bruscos modos, su gesto adusto y su extraño aspecto (su cabello era completamente blanco, a pesar de su juventud) inspiraron al principio no pocas suspicacias entre los habitantes de Beaufort, pero terminaron por acostumbrarse a él, porque lo veían todos los días en el pueblo, haciendo la compra para la señorita Isabelle. Todos los tenderos y comerciantes del lugar acabaron por conocerle y por entenderle cuando gesticulaba y señalaba el género para pedir lo que quería comprar. Tampoco sabía escribir. Lo único que era capaz de trazar en un papel eran las seis letras de su nombre: Mijaíl, nombre que las gentes de Beaufort no habían oído nunca, y por tanto, no sabían pronunciar. De todos modos, al enorme criado no parecía molestarle oír su nombre chapurreado a la francesa, y enseguida se habituó a ello.

Así, mientras en Beaufort comenzaban a conocer y apreciar a Mijaíl, su ama, la señorita Isabelle, permanecía en la sombra. Desde el día de su llegada nadie más la había visto. Y como resultaba inútil preguntar por ella a Mijaíl, fue inevitable que volviesen a correr rumores.

—¿Qué clase de señorita no tiene ni siquiera una doncella en casa? —comentó la señora Chancel una tarde que tomaban el té con la señora Lavoine.

—Es una nueva rica —sentenció la señora Bonnard, sin lograr ocultar su envidia—. La fortuna le viene grande.

—Pero los nuevos ricos siempre alardean de su fortuna. Ellos son los primeros en buscarse no una, sino cuatro o cinco doncellas, un ejército de criados y hasta carruaje particular.

—Pues a mí me parece que comprar la mansión Grisard es un buen alarde de nuevo rico —intervino la señora Buquet, quien, a pesar de ser la esposa del alcalde, no podía permitirse tener más que una cocinera y una doncella.

—Pero, ¿no os parece raro que no salga nunca de esa vieja mansión? Y ese extraño criado que no habla... —añadió tímidamente la señora Lavoine.

—¿Qué quieres decir, Marie?

—Veréis. Yo creo que está enferma —la señora Lavoine bajó la voz—. Por eso se pasa el día encerrada. Seguro que ha contraído tuberculosis o...

—Tonterías —cortó autoritariamente la señora Bonnard—. Si estuviese tísica, se habría buscado un hotel en la costa. Es lo que hacen todos. O en la montaña. Hay buenos sanatorios en Suiza.

Hubo un breve silencio, durante el cual sólo se escuchó el tintineo de las cucharillas removiendo el té. Las cuatro comadres se habían dado cuenta de que la quinta mujer asistente a la reunión todavía no había dicho nada, cosa que no era habitual en ella. Esta quinta mujer era la señorita Dubois, una anciana de fuerte carácter que, aunque no se había casado nunca, gozaba de una gran autoridad en Beaufort.

—Escuchad, os propongo una cosa: ¿por qué no vamos a hacerle una visita? —dijo entonces la señorita Dubois, rompiendo su silencio.

Cuatro pares de ojos la miraron con estupor.

—¿A quién? ¿A Isabelle? —bufó la señora Bonnard.

—Claro, Régine, ¿a quién si no? —replicó la señorita Dubois, cáusticamente—. Se trata de darle la bienvenida al pueblo. Podemos llevarle obsequios. Yo he pensado en regalarle una cesta de manzanas de mi huerto. Marie puede hacer uno de esos pasteles suyos tan deliciosos. Elaine, las rosas de tu jardín están...

—Pero, ¿para qué vamos a hacerle regalos a esa fulana?

—¡Ah, Régine, sé más perspicaz! —la riñó la señora Chancel, la esposa del notario—. Se trata de una excusa para ir a ver la casa, ¿entiendes?

Pero miró a la señorita Dubois de reojo, para ver si había acertado con la intención de su propuesta.

—Evidentemente —asintió ella, para alivio de la señora Chancel—. Isabelle no será tan descortés como para dejarnos en la puerta. Así veremos cómo vive y podremos comprobar si, en efecto, está enferma o es sólo una jovencita extravagante.

—Lo malo es que la mansión Grisard está muy lejos —se quejó la señora Lavoine, que era pequeña y frágil—. Será una larga caminata...

—Sin embargo, Sophie tiene razón, deberíamos ir —dijo la señora Buquet, llena de remordimientos; se tomaba muy en serio su papel de esposa del alcalde, y se consideraba responsable de las relaciones socia-

les de la alcaldía con todos los habitantes de Beaufort, o al menos, con los más influyentes—. Deberíamos haberle dado la bienvenida hace tiempo...

La señorita Dubois asintió enérgicamente:

—Entonces Martine y yo iremos a ver a Isabelle. A mí no me asusta caminar.

—Tampoco a mí, Sophie —se rebeló la señora Bonnard—. Os acompañaré.

Los ojos de la señora Chancel brillaron tras sus lentes.

—¡Ah, no penséis que vais a divertir os sin mí! No me perdería por nada del mundo la oportunidad de averiguar qué esconde la pequeña Isabelle.

Las cuatro se volvieron entonces hacia la señora Lavoine.

—¿Qué dices, Marie?

Ella suspiró.

—De acuerdo, iré con vosotras. Y podéis contar con ese pastel.

Capítulo dos

Días después, las cinco mujeres enfilaron por el camino que conducía a la mansión Grisard, hablando animadamente. La señora Lavoine tenía razón: era un largo recorrido. La incansable señorita Dubois iba en cabeza, a pesar de su avanzada edad, y la señora Lavoine cerraba la marcha. Caminaba en silencio, sujetándose el chal, que le resbalaba sobre los hombros, porque había olvidado ponerse un broche antes de salir de casa. Junto a ella avanzaba la señora Bonnard, sudando y resoplando como una locomotora; sin embargo, todavía le quedaba aliento para contar con todo lujo de detalles a la señora Lavoine, la única que parecía dispuesta a escucharla, que había descubierto que la hija del carnicero se veía a escondidas con el chico de la herrería.

Delante de ellas caminaban la señora Chancel y la señora Buquet. La primera portaba una cesta con un ramo de rosas recién cortadas de variados colores; la segunda llevaba un juego de pañuelos bordados primorosamente con motivos florales y la «I» de Isabelle.

La señorita Dubois no se detuvo hasta que la mansión Grisard apareció ante sus ojos al doblar un recodo. Entonces hizo un alto en el camino para contemplarla, con gran alivio de la señora Bonnard. Las cinco contemplaron el viejo caserón.

—No parece que hayan hecho muchas mejoras, ¿verdad? —comentó la señora Buquet, expresando en voz alta los pensamientos de todas—. Al menos podrían haber pintado la fachada...

—Tal vez no sea tan rica después de todo —rezongó la señora Bonnard.

—O quizá se haya quedado sin dinero después de comprar la casa —apuntó la señora Buquet.

—Pues a mí esa casa me da mala espina —comentó la señora Lavoine en voz baja.

—Tonterías —zanjó la señorita Dubois—. Si a mí me dieran miedo las cosas viejas, saldría huyendo cada mañana al mirarme al espejo. ¡Andando, señoras!

Y las cinco reemprendieron la marcha hacia la mansión Grisard.

No tardaron en llegar a su destino, pero el panorama con que se encontraron no resultaba muy alentador. Descubrieron que el jardín parecía tan abandonado como el resto de la casa, y la señora Chancel, cuyas rosas eran envidiadas por todo Beaufort, contempló apenada el magnífico ramo que le llevaba a aquella joven que, aparentemente, no apreciaba lo más mínimo la jardinería. El terreno que rodeaba la casa estaba invadido por matojos y malas hierbas, y la esposa del notario descubrió con desagrado algunas matas de plantas tan poco ornamentales como ci-



cuta, matalobos, ajenjo y especies peores. Se paró a examinar los raquíuticos rosales silvestres que crecían junto a la puerta y bajo las ventanas, y movió la cabeza tristemente. Aquel jardín parecía una selva salvaje.

Fue la señora Bonnard quien, con autoridad, descargó la aldaba sobre la puerta.

Esperaron un buen rato.

—Mejor vámonos —susurró la señora Lavoine, temerosa.

—Tiene que estar en casa —murmuró la señora Buquet.

La señora Bonnard llamó de nuevo.

En esta ocasión oyeron pasos; sólo la señora Lavoine advirtió que se trataba de pasos demasiado pesados para pertenecer a Isabelle, pero no se atrevió a hablar. Las otras cuatro prepararon sus sonrisas y mostraron sus cestas mientras la puerta se abría...

La luz bañó una figura enorme, imponente y sombría. La señora Lavoine no pudo evitarlo y gritó.

Enseguida se dio cuenta de su error. Se trataba de Mijaíl, el criado mudo de la señorita Isabelle. Y aunque todas ellas lo habían visto alguna vez en el pueblo, el gigantón presentaba un aspecto bastante más tétrico a la lánguida luz de la tarde.

La señora Buquet consideró que ella, como esposa del alcalde, era la representante de aquella comitiva, de modo que se armó de valor y dijo:

—Buenas tardes, Mijaíl, ¿está la señorita Isabelle en casa? Hemos venido de visita.

El mayordomo, que no iba vestido como tal, observó a la señora Buquet y se la quedó mirando un

momento. Después emitió un sonido que podría interpretarse como un gruñido de asentimiento y cerró la puerta de golpe.

Cuando las cinco se hubieron recuperado de la sorpresa, la señora Buquet exclamó, disgustadísima:

—¡Pero... pero... qué grosero!

La señorita Dubois, muy pálida, asentía solemnemente, y la señora Chancel se había quedado sin habla.

—Vámonos —sugirió la señora Lavoine.

—Desde luego —convino la señora Buquet—. ¡Cuando se lo cuente a mi marido...!

Las cinco dieron la espalda a la casa y se recogieron las faldas para bajar las escaleras; pero entonces oyeron tras ellas el chasquido de la puerta al abrirse, y una voz femenina, suave y educada, les preguntó:

—¿Puedo ayudarles en algo?

Se volvieron las cinco a una, y vieron a Isabelle contemplándolas desde la entrada. La joven llevaba un sencillo vestido oscuro; en esta ocasión pudieron verle el rostro, hermoso, como ellas lo recordaban, pero marcado por la huella de muchas penalidades. La piel de Isabelle estaba extremadamente pálida, y sus labios parecían resecos y agrietados. Profundas ojeras enmarcaban sus ojos, iluminados por un extraño brillo febril.

La señora Bonnard no se dejó conmovir.

—¡Señorita Isabelle! ¡Su... su... bruto criado nos ha cerrado la puerta en las narices!

—Les pido disculpas —dijo ella suavemente—. Mijaíl no sabe todavía cómo tratar a las visitas, pero no pretendía echarlas. Simplemente, subió a avisar-

me. Les ruego perdonen sus rudos modales. Les aseguro que hablaré con él al respecto.

Ya más calmada, la señora Bonnard fue a añadir algo más; pero la señora Buquet no estaba dispuesta a que su amiga le robase el protagonismo que ella merecía por ser la esposa del alcalde, de modo que se apresuró a hablar:

—Señorita Isabelle, hace tiempo que deseábamos darle la bienvenida al pueblo que la vio nacer, pero no hemos tenido la oportunidad, ya que nunca se la ve por el mercado, ni tampoco por la iglesia —dijo esto en tono más bajo, como si no se atreviera a pensarlo siquiera—. Nos preguntábamos si no estaría usted enferma, y nos hemos tomado la libertad de venir a visitarla, puesto que su... Mijaíl... no podía contarnos nada acerca de usted.

—Se lo agradezco, señora Buquet, pero me encuentro perfectamente —su aspecto desmentía sus palabras, y la señora Lavoine y la señorita Dubois cruzaron una mirada significativa—. Y lamento que hayan hecho ustedes el viaje en vano; en estos momentos, no puedo recibirlos.

—¡Pero, señorita Isabelle, hemos hecho una larga caminata desde el pueblo!

—Lo sé, y no saben ustedes cuánto lo lamento; pero la casa apenas tiene muebles, y no podría ofrecerles asiento a todas. Compréndanlo: nunca viene nadie a visitarme.

—Le hemos traído regalos de bienvenida —dijo la señora Lavoine con timidez, mostrándole la cesta en la que traía el pastel, cubierto por un paño.

Un destello de calor iluminó brevemente los ojos cansados de Isabelle.

—¡Oh, qué amables! Pero no puedo aceptarlos, no después de lo mal que me he portado con ustedes... Si no puedo ofrecerles ni una silla, ¿cómo voy a quedarme con sus regalos? ¡No los merezco!

—Ande, niña, no sea usted ridícula —zanjó la señorita Dubois—. Si no quiere recibirnos, dígalo claramente, pero no ponga excusas tontas, que no nací precisamente ayer.

—No es una excusa, señorita Dubois, es la verdad. Soy una mujer sencilla, como todas ustedes saben, y poco dada a la vida social. La casa apenas está amueblada porque no lo consideré necesario, ya que yo me arreglo con poca cosa. Además, no la compré para alardear de ella, sino porque se trataba de un lugar tranquilo y aislado, donde podría disfrutar de la soledad que necesito. Pero si no me creen, adelante, pasen —se hizo a un lado para franquearles la entrada—. Y si encuentran en toda la casa un lugar apropiado para celebrar una reunión social, estaré encantada de atenderlas.

Como una solemne procesión, las cinco señoras recorrieron la mansión Grisard, guiadas por Isabelle. Descubrieron que el interior de la casa había sido empapelado recientemente, que no había una sola mota de polvo, que las ventanas eran nuevas y que habían cambiado la madera del suelo. Por lo demás, todo era como Isabelle les había dicho: las habitaciones estaban vacías y las paredes desnudas, y todo presentaba tal aspecto de desolación y abandono que la señorita

Dubois se dijo que, para una mujer joven como Isabelle, vivir allí era como encerrarse en una tumba prematuramente.

Tan sólo hallaron dos habitaciones amuebladas, pero tan espartanas que parecían las celdas de un monasterio. Una de ellas era la de Isabelle; la otra, la de Mijaíl. Ambas estaban lo suficientemente alejadas la una de la otra como para que la señora Bonnard no concibiese ideas maliciosas al respecto, pero ni siquiera ella podría haber adivinado cuál de las dos era la del hombre y cuál la de la joven.

El salón también estaba completamente desnudo, a excepción de un pequeño sofá, viejo y deslucido, frente a la chimenea. Tan sólo había una mesita y dos taburetes en la cocina, que sí estaba convenientemente equipada.

—¿Comen los dos en la cocina? —se espantó la señora Buquet.

—Sí, pero por separado, ya que nunca coincidimos. Verán, yo padezco de insomnio, y si logro conciliar el sueño suele ser durante el día. Mijaíl, en cambio, duerme por la noche —sonrió débilmente—. Si no lo tuviese conmigo, me temo que no tendría qué comer, puesto que todos los días llegaría al mercado demasiado tarde para hacer la compra. Me temo que soy una criatura un tanto noctámbula.

Ninguna de las comadres correspondió a su sonrisa. Apesadumbradas, se dirigieron de nuevo hacia la puerta.

—Lo lamento —se disculpó otra vez Isabelle—. Creo que no soy una vecina al uso.

—No se preocupe —decidió la señora Buquet, re-sultantemente—. Le damos la bienvenida igualmente, con regalos incluidos.

La señora Bonnard gruñó por lo bajo, pero dejó su cesto de magdalenas junto con los demás obsequios (en el suelo, porque no hallaron otro lugar), sin hacer comentarios.

—Son ustedes muy amables —dijo Isabelle—. Mijaíl lo llevará todo a la cocina. Si lo desean, él puede acompañarlas en el camino de vuelta.

—No es necesario —replicó la señorita Dubois—. Sabremos regresar solas.

Una tras otra, las comadres salieron de la casa. La señorita Dubois fue la última. Antes de bajar las escaleras de la entrada, sin embargo, se volvió de nuevo hacia Isabelle y la miró a los ojos.

—Es usted una mujer extraña, ¿lo sabía?

Isabelle no dijo nada, pero sostuvo su mirada sin pestañear, y la anciana se preguntó cómo podían irradiar tanta fuerza los ojos de una mujer de cuerpo tan frágil y delicado.

—Cuídese —concluyó la señorita Dubois—, y no haga tonterías.

Tampoco esta vez respondió Isabelle, pero asintió. La señorita Dubois se unió a sus compañeras, y las cinco abandonaron el jardín de la mansión Grisard presas de un extraño abatimiento. Ninguna de ellas volvió a hablar hasta que torcieron por el recodo y la casa ya no fue visible a sus espaldas.

—Está loca —dijo por fin la señora Bonnard, rompiendo el silencio.

—Pues yo creo que está enferma, diga lo que diga —la contradijo la señorita Dubois—. Puede que incluso haya venido a Beaufort a morir. Entonces todo tendría sentido. Si no espera vivir más que unas semanas, o unos meses..., ¿para qué molestarse en amueblar la casa? ¡Mejor ahorrar para el entierro!

—Pues, si yo estuviese en su lugar y tuviese mucho dinero —opinó la señora Chancel—, viviría a lo grande mis últimos días. No me encerraría en un carcerón vacío...

—Cuando uno está muy enfermo no tiene ganas de diversiones. Puede que sufra horribles dolores...

—¡Y por eso no puede dormir! —comprendió la señora Lavoine, conmovida—. ¡Pobrecilla!

—¡Bah, bah! —resopló la señora Bonnard—. ¡Yo sigo pensando que está completamente loca!

Una brisa helada recorrió el camino. La señora Lavoine se estremeció, y fue entonces cuando se dio cuenta de que había perdido el chal.

Las cinco mujeres se miraron unas a otras, indecisas.

—Vosotras seguid hacia el pueblo —dijo la señorita Dubois, enérgicamente—. Marie y yo volveremos a buscar el chal.

—Pero, Sophie... —quiso protestar la señora Buquet—. Se os hará de noche...

—Todavía no estamos muy lejos. Si volvemos mañana, tal vez ya no lo encontremos. Caminaremos deprisa.

De modo que la señora Lavoine y la señorita Dubois regresaron sobre sus pasos hasta la mansión Grisard.

Hallaron el chal enredado en los matorrales del salvaje jardín. Mientras la señora Lavoine lo sacudía para volver a colocárselo sobre los hombros, su amiga se giró para contemplar la sombra de la casa que se alzaba ante ellas. No había luces en las ventanas, pero un resplandor parpadeante se filtraba por un ventanuco a ras de suelo. «Debe de ser la despensa», se dijo la señorita Dubois, sin caer en la cuenta de que Isabelle no les había enseñado aquella parte de la casa.

La señora Lavoine ya estaba lista para marcharse. Las dos dieron, de nuevo, la espalda a la mansión Grisard.

Y entonces un grito rasgó el silencio del crepúsculo, un aullido inhumano que les heló hasta el tuétano de los huesos, un alarido que parecía haber sido lanzado por un condenado al tormento perpetuo en el infierno. Aquel escalofriante sonido, que no se parecía a nada que las dos mujeres hubiesen escuchado antes, se expandió hacia el páramo, buscando quizá luz en las tinieblas, o tal vez un alma humana en la que instalarse para poblar sus peores pesadillas por toda la eternidad, y quedó flotando en el aire durante un largo y estremecedor segundo antes de extinguirse por completo.

La señorita Dubois se volvió hacia la casa como movida por un resorte, pero su amiga se había quedado clavada en el sitio, aterrorizada y tan pálida que, por un momento, su rostro rivalizó en blancura con el de la dueña de la mansión Grisard.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró la señorita Dubois, estremeciéndose.

—Por el amor de Dios, Sophie, ¡vámonos de aquí!
—la voz de la señora Lavoine sonó extraña, como el chillido de un ratón.

A pesar de su avanzada edad, la señorita Dubois era valiente, enérgica y decidida.

—Pero, ¿y si alguien ha entrado en la casa de Isabelle?

La señora Lavoine palideció aún más, si es que eso era posible. Se arrebujó en su chal y fue a decir algo, pero no le salieron las palabras. Inspiró profundamente, dio media vuelta y echó a correr.

—¡Marie, espera, no te vayas sola!

La señorita Dubois no tuvo más remedio que seguir a su amiga.

Ninguna de las dos vio el rostro que las espiaba desde una de las ventanas del caserón de Isabelle.

La sombra de la mansión Grisard las persiguió durante un buen trecho, pero aquel espeluznante grito no volvió a repetirse.

Capítulo tres

Maximilien Grillet observó atentamente a las dos mujeres que se habían sentado frente a él en su despacho. Las conocía desde que era niño. La señora Lavoine era tímida, pequeña y asustadiza. Más de una vez, Max había tenido que acudir a su casa en plena noche, porque ella creía haber oído a un ladrón en el jardín, cuando en realidad se trataba de un gato, o del viento sacudiendo las ramas de los árboles. Y no ayudaba el hecho de que su marido, que era comerciante, hiciese frecuentes viajes a París, dejándola sola en casa con una criada que era casi tan miedosa como ella. A la señora Lavoine raramente se la veía sin su gran amiga, la señora Bonnard. Max dudaba que fueran realmente amigas, pero la señora Bonnard era muy autoritaria, y tal vez eso inspiraba seguridad a la señora Lavoine, quien, por su parte, constituía una oyente paciente y abnegada para todos los chismes que la maliciosa señora Bonnard tenía para contar.

Pero aquel día la señora Lavoine venía acompañada por otra mujer enérgica, la señorita Dubois. Max

había oído decir que la señorita Dubois había rechazado a cuantos hombres la habían pretendido desde que tenía quince años. Su fuerte carácter nunca había sentido la necesidad de compañía masculina, o al menos eso parecía. La señorita Dubois seguía soltera a sus más de sesenta y cinco años, pero se movía con la energía de una jovencita, hablaba con la autoridad de una matrona y gobernaba su casa con la incuestionable potestad de una viuda, ya que había sobrevivido a todos sus familiares y no tenía marido ni hijos que pudiesen disputarle el mando.

A Max no le habría sorprendido oír de labios de la señora Lavoine una historia como la que le acababan de contar, pero no era propia de la sensata señorita Dubois.

—¿Es que no nos cree, señor gendarme? —preguntó la señora Lavoine, abriendo al máximo sus ojos azules.

Lo cierto era que Max dudaba.

—Mira, Max —la señorita Dubois no se andaba con rodeos, y no veía por qué debía tratar de usted a un joven al que, por muy gendarme que fuera, había visto crecer desde la cuna—. Tengo mis años, pero aún no estoy sorda, gracias a Dios. Y te digo que oímos un grito en esa casa. Bueno, más que un grito..., un aullido, o algo así. ¡Jesús!, me puso los pelos de punta. No sé quién podría ser capaz de chillar así. Y lo oímos...

—...Cuando fueron a recoger el chal —completó Max—. Sí, ya me lo han contado. Pero comprendan ustedes que se hallaban en una situación extraña.

Habían ido caminando hasta esa tétrica mansión, y el comportamiento de Isabelle no fue el que esperaban. En esas circunstancias, no es extraño que creyeran oír...

—¡Yo no «creí oír» nada, Max! ¡Yo oí!

—No le discuto, señorita Dubois, que usted oyó algo. Pero esa historia del aullido que no parecía de este mundo... Comprenda que ustedes dos estaban alteradas y...

—No me digas cómo estaba, jovencito. Lo sé perfectamente, y tengo la cabeza mejor que tú.

—De acuerdo, de acuerdo. Resumiendo: ustedes temen que haya podido ocurrirle algo a la señorita Isabelle, ¿no es así? Pero esta misma mañana he visto a Mijaíl en la plaza, y estaba tan tranquilo como en otras ocasiones.

—¡Tal vez ese grandullón haya atacado a la señorita Isabelle para quedarse con su dinero! —exclamó la señora Lavoine.

Pero Max negó con la cabeza.

—No, señora. Mijaíl será extraño, pero es un buen hombre.

Recordó cómo lo había visto una tarde jugando con los niños, permitiendo pacientemente que ellos trepasen por su enorme cuerpo como si escalaran una montaña.

—Puede que sea algo rudo, pero yo creo que se debe a que es extranjero y, además, un hombre sencillo. ¿Se han fijado en sus manos? Son manos grandes, morenas y callosas, manos acostumbradas a trabajar duro.

La señorita Dubois esbozó una media sonrisa. No ignoraba que, desde niño, Max había tenido fijación con las manos de la gente. Nunca le había preguntado qué opinaba de sus manos, pero Max ya las había catalogado tiempo atrás. Las manos de la señorita Dubois eran pequeñas y de ademanes suaves. Se cerraban con firmeza en pocas ocasiones; sin embargo, cuando lo hacían, rara vez soltaban lo que habían atrapado. En cambio, las manos regordetas de la señora Lavoine se abrían y cerraban a menudo, buscando algo a lo que aferrarse.

—Tienes razón. No creo que Mijaíl sea un criminal —dijo finalmente la señorita Dubois.

Se levantó de su asiento, y la señora Lavoine la imitó, algo desilusionada.

Max las acompañó hasta la puerta de la gendarmería.

—De todos modos harías bien en pasarte por la mansión Grisard. Esa muchacha está gravemente enferma, y que yo sepa no la visita ningún médico —añadió la señorita Dubois, ajustándose el sombrero antes de salir.

—¿Quién, Isabelle?

—Muy agudo, señor gendarme —replicó la señorita Dubois ácidamente—. Y ahora, si nos disculpa, llegamos tarde a una reunión de la junta parroquial.

Las dos mujeres salieron de la gendarmería, y Max se quedó solo de nuevo. Se puso a revisar el trabajo pendiente, pero pronto tuvo que reconocer que no era mucho. En Beaufort nunca pasaba nada, y sólo las falsas alarmas de la señora Lavoine le daban algo que hacer de vez en cuando.

En realidad, la última vez que había sucedido un hecho destacable en el pueblo había sido, también, a causa de Isabelle.

Entonces Max no estaba todavía a cargo de la gendarmería, sino que era el ayudante del viejo señor Gallois, el antiguo gendarme. Él había sido el encargado de investigar la huida de Isabelle.

Max tenía sólo un par de años más que Isabelle y, como todos los jóvenes del pueblo, se había fijado en ella alguna vez. Pero la muchacha era descarada y altiva, y aquello era escandaloso, sobre todo tratándose de una hija de nadie como ella. Mujeres como la señora Bonnard, o incluso la misma señorita Dubois, habían criticado duramente su modo de actuar, pero Isabelle pareció ser insensible a sus observaciones.

Para evitar que se descarriara, el párroco de Beaufort, el anciano señor Rougier, la había empleado en su casa como asistenta del ama de llaves. Le había enseñado a leer y a escribir y la había iniciado en la lectura de obras piadosas.

Fue entonces cuando ella conoció al joven Philippe de Latour.

Max no sabía dónde ni cómo habían entrado en contacto, puesto que procedían de clases muy distintas. Philippe era hijo de un noble que veraneaba en Beaufort, que hasta no hacía mucho había sido la localidad elegida por un par de familias ilustres para pasar la época estival.

Cuando el idilio salió a la luz, el marqués de Latour envió a su hijo a estudiar lejos, e Isabelle, simplemente, abandonó aquella misma noche la casa del párroco,

sin decir nada a nadie. Junto con Isabelle desapareció la medalla de plata del ama de llaves, y por ese motivo, Max y el señor Gallois habían tenido que intervenir.

Isabelle había sido una muchacha insolente y temeraria, pero nunca una ladrona. Sin embargo, los habitantes de Beaufort la habrían tachado de cosas peores porque les parecía que no era una mujer decente.

Finalmente, la medalla apareció. Se había desprendido del cuello del ama de llaves y había ido a caer en una hendidura entre dos de las tablas del suelo. Probablemente se habría perdido mucho antes de que Isabelle se marchara, pero el señor Gallois se abstuvo de comentar esto último con nadie más que con su ayudante.

No, Isabelle no era una ladrona, pero no pudo evitarse que su nombre quedara empañado por un suceso con el que, en el fondo, ella no había tenido nada que ver. La señora Bonnard habría dicho al respecto que se lo tenía bien merecido y que, si ella no había robado la medalla, era porque no había tenido la oportunidad. ¿Qué muchacha decente, que viviese de la caridad de un protector, huiría de su casa para ir tras el hijo de un noble?

Max suspiró y se preguntó, por primera vez, si Isabelle habría cambiado mucho. Hacía ya varias semanas que ella se había instalado en la mansión Grisard, pero él no la había visto aún.

Se dio cuenta de que en realidad no tenía nada que hacer aquella tarde. Se encogió de hombros y salió de la gendarmería.

Lo que para las cinco comadres había sido una larga caminata el día anterior, fue para Max Grillet un agradable paseo. Con todo, entendió enseguida la consternación de las mujeres al ver la mansión Grisard en el estado en que se hallaba. Recordó los peones venidos de París y se preguntó qué trabajo habían hecho allí.

Cuando llamó a la puerta, fue Mijaíl quien abrió. Max esperaba que le cerrase la puerta, pero Isabelle debía de haber hablado con él, porque el hombretón lo invitó a pasar a una habitación en la que sólo había una silla, vieja y desvencijada.

Max se sentó con precaución. Mientras esperaba, le llegó un delicioso aroma a café recién hecho. Apenas unos momentos después, Isabelle apareció en la puerta.

Max comprendió de inmediato la preocupación de la señorita Dubois. La joven estaba muy blanca, y parecía tan frágil como una muñeca de porcelana. Max reprimió el impulso de correr hasta ella para sostenerla, porque parecía a punto de caer al suelo.

Pero Isabelle no cayó. Avanzó hacia él, segura y sonriente, y en sus ojos todavía latía aquel fuego interior que, cinco años atrás, había desafiado a todo Beaufort.

—Max Grillet —dijo ella; y él se sorprendió de que recordara su nombre—. ¿O debería decir «señor gendarme»?

Max sintió que enrojecía, a su pesar.

—Max, si no le molesta —farfulló—. Encantado de verla de nuevo, señorita Isabelle.

Ella sonrió con cierta amargura, y Max compren-

dió perfectamente a qué se debía. Hasta su llegada, respaldada por su nueva fortuna, Isabelle había sido tenida en Beaufort por poco más que una furcia.

—También yo me alegro de verle, Max. ¿A qué debo su visita?

—Bien, la... señorita Dubois y compañía estuvieron ayer aquí.

—Sí, eso es cierto.

—No se llevaron muy buena impresión.

—Tampoco lo pretendía. Sé exactamente lo que habían venido a hacer a mi casa.

La joven se volvió hacia él, con los ojos llenos de un nuevo brillo:

—¿Le apetece un café?

—Sí, gracias —aceptó Max, consciente de que aquello era más de lo que las cinco señoras habían obtenido de Isabelle el día anterior.

La siguió hasta la cocina y ocupó una de las sillas. Observó a Isabelle en silencio mientras preparaba el café. De manera inconsciente, se fijó en sus manos; pero llevaba un vestido de mangas muy largas que sólo dejaban ver los dedos, unos dedos largos y finos, pero de grandes nudillos, fruto sin duda de los años en los que la joven había trabajado como lavandera.

—¿Por qué no contrata a una doncella para que le haga este tipo de trabajo?

—Porque yo, a diferencia de otras, sé hacer las cosas sola —fue la respuesta; Isabelle le ofreció una taza de café y después se sentó a su lado—. Y, dígame, ¿la señorita Dubois y compañía han visto algo sospe-

choso en mi casa? Porque debo decirle que, si no tengo muebles, es porque no los quiero. Y fíjese, si hubiese dispuesto de un salón como Dios manda, habría tenido que aguantar a esas cinco chismosas toda la tarde, y no es algo que me seduzca especialmente, ¿sabe?

Max no pudo reprimir una sonrisa.

—No, no creo que haya nada sospechoso en su casa, señorita Isabelle. Supongo que les llamaría mucho la atención la... eh... sencilla decoración de su nuevo hogar, pero aún no han llegado al extremo de llamar al gendarme por eso.

—Oh, no se preocupe; tratándose de ellas, todo se andará, no lo dude. Así pues, ¿usted ha venido sólo para hacer una visita de cortesía?

—Tampoco —confesó Max, avergonzado—. La señora Lavoine perdió el chal en el jardín de su casa, y ella y la señorita Dubois volvieron atrás para recuperarlo —miró a Isabelle, pero ella lo observaba impasible, con la taza de café entre las manos—. Dicen que oyeron un grito.

—¿Un... grito? —repitió Isabelle en voz baja.

—O un aullido. La verdad es que no se ponían de acuerdo en esa cuestión. No han sabido decirme si era humano o pertenecía a algún tipo de animal. Lo que sí han afirmado es que era: «escalofriante», «espeluznante», «estremecedor»... Y se lo digo literalmente.

Max notó que las manos de Isabelle temblaban. La joven dejó la taza sobre la mesa y lo miró.

—No me asuste, Max. No hay animales salvajes por los alrededores. ¿Qué se supone que...?

—Dicen que venía de su casa.

—¿De esta casa?

La joven frunció el ceño; entonces (¿fue la imaginación de Max, o se trataba de un gesto poco natural, casi como ensayado?), ella sonrió ampliamente y se dio un golpecito en la frente.

—¡Oh, ya recuerdo! Fue Mijaíl. Al pobre, se le cayó un martillo en el pie.

—¿De verdad? Lo he visto esta mañana y hace un momento, y no cojeaba.

—Porque es un hombre duro, Max —replicó Isabelle, impertérrita—. Si llega a saber que esas dos señoras estaban en el jardín, seguro que ni siquiera habría gritado. Así que, ya ve. Todo es distinto a la luz del día.

—Sí, claro —murmuró Max; apuró su taza de café y se levantó—. Siento haberla molestado, Isabelle.

—No lo ha hecho.

Pero la joven se movió ágilmente hacia la puerta, y el gendarme advirtió que, pese a sus palabras, ella estaba deseando quedarse a solas otra vez. Ya en la entrada, Max se volvió hacia ella.

—La señorita Dubois también me pidió que me interesase por su salud.

—¿Por mí... salud?

—Ella opina que está usted enferma. Y a mí me da la sensación de que tiene razón. Dígame, ¿ha ido usted al médico?

—No estoy enferma, sólo cansada. Ya se lo expliqué a la señorita Dubois. No duermo bien por las noches.

Max le dirigió una mirada penetrante.

—Y si continúa usted tomando café al anochecer, seguirá sin lograr conciliar el sueño.

—¡Oh! —dijo solamente Isabelle, como una niña cogida en falta—. Lo recordaré.

Max se alejó de la mansión Grisard, no del todo convencido de las explicaciones de Isabelle. Aunque seguía adivinándose en ella aquella energía que la había caracterizado en su adolescencia, el pálido fantasma que lo observaba desde la entrada de la casa poco tenía que ver con la chiquilla resuelta y vivaz que había abandonado Beaufort en pos de su amado, cinco años atrás.